

(02063)

El regreso del pasado

—Una semana de infarto (3ª parte)—

ENTREGA UNO: 1797 PALABRAS

Nueve y media de la mañana del martes. Don Faustino acude a la sala de profesores del Instituto. Allí está esperándole el inspector Cañeque con la mano extendida y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo está el viejo profesor?

—Jodido, Cañeque, bien jodido. Uno ya no está para estos trotes... En realidad uno ya no está para nada.

—Dígamelo a mí, don Faustino. El día menos pensado me disecan y me ponen de florero en la Comisaría. ¡Qué lejos quedan ya aquellos tiempos de Alcorcada!

—Cañeque, mal le van las cosas cuando tiene que remontarse a días tan lejanos...

—Qué va, sigo haciendo lo mismo de siempre: paso las horas tomando declaración a chorizos, mangantes y gentes de mal vivir.

—¡No lo dirá por mí!

—No, por dios. ¿Puedo fumar?

Don Faustino soltó una carcajada que debió oírse en dos kilómetros a la redonda.

—Se encuentra en territorio comanche, inspector. En el Instituto hay varios comandos pajinianos disfrazados de sonrosados profesores y alguna menopáusica maestra que se pasan todo el día oliendo el aire que respiran en busca de algún rastro de nicotina. Si le pillan le puede caer una denuncia que acabará con el poco prestigio que aún le queda...

—No me apetece salir a la calle con el frío que hace y necesito un pitillo como el comer. Ya es tarde para desengancharme del vicio... ¿Puedo ir al servicio de los profesores a fumar el cigarrito?

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Vaya y échesele con cuidado, Cañequé... La policía vigila... Le espero aquí.

El inspector Cañequé era un viejo conocido de don Faustino. Sus trabajos tan dispares apenas les hacían coincidir en la vida social de Mospintoles. Sólo se veían casualmente y muy de tarde en tarde. La última vez hacía casi un año. Casi siempre mantenían el mismo ritual: acudían al Bar Manolo y disputaban una partida de ajedrez con una jarra de cerveza que pagaba quien perdía. Luego charlaban un rato sobre cualquier asunto menos uno: aquellos tiempos de Alcorcada en que, por razones poco gratas, ambos se conocieron.

El veterano policía era un tipo pintoresco: alto, delgado, con un bigote muy expresivo que casi le tapaba la boca. Su gesto más característico era asomar el labio inferior entre aquella mata de pelos grises y largos y soplar hacia arriba. Su aspecto cordial y hasta chistoso solía engañar a la gente que lo trataba, sobre todo aquella con la que se jugaba la vida. Su hijo mayor también era policía, concretamente subinspector, y hacía poco había intervenido en el triste caso de Francis, el histórico ex jugador del Rayo. Algunas personas confundían al padre con el hijo pues no es frecuente que en una Comisaría trabajen dos miembros de la misma familia. Don Faustino no conocía al hijo pero en esta ocasión habría preferido que le tomara declaración sobre el suceso ocurrido en el Instituto el día anterior en vez de hacerlo el padre.

Mientras el inspector se fumaba un pitillo clandestino en el servicio de los profesores, el viejo profesor no pudo impedir que su memoria volviera a remontarse hacia los años en que estuvo destinado en Alcorcada, la ciudad vecina a Mospintoles. Llevaba semanas martirizándose con los recuerdos de aquel tiempo tras la conversación mantenida una noche en el Asador Castilla con sus amigos Ricardo y Manolo. Un tal Melitón tenía la culpa y una estafa inmobiliaria que nunca llegó a aclararse. Fue precisamente por ese lance cuando don Faustino conoció al policía Cañequé. Al padre, claro.

—Amigo, le han desplumado como a una gallina antes de guisarla en pepitoria. No es el primer caso que vemos por aquí. Se acabaron los tiempos de vacas gordas y nada más terminar los fastos y los enjuagues del 92 toca ahora pasarlas muy putas. Perdone que le hable así, de manera tan franca, pero para qué vamos a andarnos con paños calientes.

—Yo también me andaré sin rodeos. ¿Cómo es posible que a plena luz del día una pandilla de mafiosos disfrazados de inmobiliaria se hayan quedado con los ahorros de varios miles de aspirantes a tener un piso y nadie sepa nada sobre su paradero? Como si se los hubiera tragado la tierra...

—Este país, con democracia o sin ella, sigue siendo el reino del tringue y el mamoneo. Se lo dice alguien que, por su profesión, conoce muy bien el paño. Los próximos años van a ser muy duros y complicados. Saldrán numerosos casos de corrupción originados a partir de un ciclo económico de bonanza que ya se ha ido al garete. Sí, vienen malos tiempos.

—¿Entonces para qué vamos a perder el tiempo hablando sobre lo sucedido?

—Cosas de mis superiores. Saben tanto que nunca se enteran de nada. Usted es profesor y funcionario. Supongo que estará acostumbrado también a este tipo de jefes. Me han ordenado hacer el paripé entrevistando a algunas de las víctimas de esta estafa para luego dedicarnos a cosas mucho más importantes. Me sincero con usted porque, al fin y al cabo, trabajamos para los mismos caimanes...

—Señor Cañete, está usted más quemado que el palo de un churrero...

—Me sobrevalora, profesor. Sólo soy un cínico, deslenguado y pobre policía que ve cómo en las alturas y en las cloacas se lo están llevando calentito mientras que gente como usted o yo las pasamos canutas todos los días por intentar hacer un trabajo honrado."

Aquel fragmento de conversación siempre acudía a la memoria de don Faustino en los momentos más complicados o frustrantes, aportándole la fuerza que necesitaba para superarlos. Sí, Cañete era un poli serio y cabal que siempre se ponía en la piel de los más débiles, aunque para ello tuviese que bordear la propia ley o mostrar una actitud histriónica que sus superiores censuraban ostensiblemente. Ahí llegaba de nuevo, resoplando contento porque se había saltado la ley sin haber hecho daño a nadie. Como un niño.

—¿Y me ha dicho que viene de parte del señor López?

Aquel minúsculo hombrecillo, cuyo abrigo abultaba más que él mismo, asintió con la cabeza.

—Señor Remigio, López se ha interesado desde el primer momento por el estado de salud de su hijo y desea hacerle llegar a través de mi persona que está dispuesto a pagar toda la atención sanitaria y los gastos consiguientes que precise Julio. Lo hará porque es usted un empleado ejemplar y porque su hijo merece llegar a ser una figura del Rayo.

—Sabe el presidente que siempre he estado a su disposición, desde hace muchos años, y que mi interés es seguir en esa actitud.

—Me ha dado este sobre cerrado para usted. Ábralo con cuidado para no romper lo que hay dentro. Le pide que mantenga un prudente silencio hasta tanto se aclare la situación. Permanezca alejado de los focos, por favor. Hay personas que quisieran ver al señor López y al Rayo hundidos en la miseria y van a intentar aprovechar su incidente de ayer para desprestigiar al club y al presidente.

—Lo del Instituto es un asunto exclusivamente mío.

—Lo sabemos, Remigio, pero comprenda que su intento de agresión con una navaja a varios profesores del Instituto ha creado una gran alarma social. En las primeras horas los rumores se han disparado y ya hay gente diciendo que usted trabaja para el Rayo y que ha creado una peña ultra con el consentimiento de López. Todos esos rumores, no del todo ciertos, son muy contraproducentes para los intereses del equipo, de la directiva, del presidente y de la misma ciudad.

—Como le pase algo a mi hijo o no logre recuperarse, ni López ni nadie van a impedir que yo me cargue a ese niñato de mierda disfrazado de profesor. Dígaselo muy clarito al presi. Él me conoce muy bien y sabe que lo que prometo lo cumplo.

—Esto que me está diciendo no le va a gustar nada.

—Me importa un carajo, correveidile. López sabe que conmigo no se juega. Llevo muchos años a su servicio como para que aún no conozca de qué pie cojea.

La reunión había sido una perfecta encerrona. Carlos, el profesor de gimnasia, había acudido puntualmente a la sede de la Consejería de Educación (situada en Madrid

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

capital) en donde estaba citado para tratar sobre lo ocurrido el día anterior. Fue preparado para lo peor tras el aviso de su director Belmonte, pero la realidad había superado todas las previsiones. Iba pensando ahora en ello cuando se le acercó una chica joven, de cara redonda y pelo corto y negro, un poco rizado. Era mulata y tenía una figura esbelta y proporcionada.

—¡Don Carlos Marfil, perdóneme, desearía hablar con usted! ¿Puede concederme unos minutos?

El joven profesor levantó los ojos. Mostrándole una dentadura blanca y perfecta que contrastaba con el tono canela de su piel, aquella chica tan agraciada le pareció casi llovida del cielo tras la endemoniada reunión que acababa de tener.

—Me llamo Susana Crespo y trabajo para Radio Mospintoles y varios medios escritos.

Minutos más tarde el profesor y la periodista estaban sentados en una apartada y discreta mesa de una cafetería cercana. Durante un par de horas los dos jóvenes estuvieron hablando sobre la agresión en el instituto y sus consecuencias.

—No conocía a ese padre. Nunca vino a hablar conmigo. Sí sé que Julio, su hijo, juega en los juveniles del Rayo. Él mismo me lo dijo en el primer minuto del primer día de clase. No sé si era por orgullo personal o para darme a entender que debía tener cuidado con él. Quizás en el Rayo deberían preocuparse de estas cosas y educar a sus futuras promesas no sólo en el manejo del balón sino también en ser mejores personas. Este chaval es un indisciplinado que nunca me ha hecho caso en clase.

—Es posible que en el Rayo actúe, en cambio, con total disciplina... —sugirió Susana.

—¿Tú crees que este chico tiene una doble personalidad?

—No sé, quizás su propio padre, un forofó al que podríamos calificar de ultra, le ha comido el coco conque su futuro es ser una gran figura del balón y todo lo demás le importa un pimiento.

—El pimiento y el marrón es lo que ahora me estoy comiendo yo, que sin quererlo ni beberlo tengo de uñas al servicio de Inspección. En el Instituto mi nombre va a ir de

corrillo en corrillo hasta que a final de curso me largue y a ese descerebrado padre veremos a ver si no le da por volver a intentarlo.

—Si el chaval recibe el alta del hospital y no le quedan secuelas que impidan ser el futuro as del Rayo, y lo que venga después, todo quedará en el olvido.

—¿Y si no?

—Tal como se las gasta ese Remigio, me temo que, tarde o temprano, serás hombre muerto.

ENTREGA DOS: 1554 PALABRAS

Al abrir la puerta la algarabía derivó en un silencio espeso, incómodo, casi sepulcral. Sólo lo rompía el suave chasquido que producían los zapatos de don Faustino al acercarse hacia su mesa. No quiso mirar hacia ningún alumno en particular. Cuando estuvo a la altura adecuada en que ya podía divisar de frente a toda la clase, se quitó la chaqueta, la colocó muy despacio, casi nerviosamente, en el espaldar de la silla y se sentó. Notó que le flaqueaban las piernas. Aquellos mocosos tenían la culpa. Los mismos a los que daba clase, unas veinticuatro horas antes, cuando se produjo aquel incidente tan serio en el pasillo. No era cosa de empezar diciendo que abrieran el libro por la página setenta y ocho, así que carraspeó y dijo:

—A veces la realidad se convierte en una película. Eso ocurrió ayer a una hora parecida a esta cuando os decía muy serio que las personas somos seres racionales, sin darme cuenta de que justo en ese momento, ahí afuera, en el pasillo, alguien se dejaba arrastrar por la ira, el odio y la irracionalidad. Ese alguien nos asustó a todos y ya visteis que me dio por salir a intentar poner paz. No me arrepiento. —Volvió a carraspear pero esta vez justificadamente pues tenía seca la garganta—¿Tenéis alguna pregunta de gran interés colectivo? Os ruego que la penséis un poco antes de que salga de vuestras bocas. Ya sabéis que el tema fue y es muy delicado.

Pasó un largo y tenso minuto. Nadie se atrevía a levantar la mano pero había preguntas en aquellas mentes adolescentes. ¡Vaya si las había!

—Martita —rompió el hielo don Faustino—, no te muerdas la lengua y pregunta. Seguro que tienes alguna cuestión muy interesante que plantearme.

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Más que una pregunta, profe, es una gran duda. ¿Merece la pena intervenir en los problemas ajenos metiéndose por medio para solucionarlos o, al menos, para intentar ayudar?

Al viejo profesor se le puso la piel de gallina, como le había ocurrido otras veces cuando Marta, la niña prodigio de la clase, decía o escribía cosas impropias de su joven edad. La saliva regresó a su garganta.

—Tenemos la obligación moral de intervenir en esos problemas cuando por culpa de ellos alguien inocente puede salir malparado. Cuando un hombre está maltratando a una pobre mujer. Cuando un joven se ríe o golpea a un viejecito. Cuando amigos nuestros discuten o se enfrentan...

—Pero, profe, —dijo Rafa, interrumpiendo— a veces el que se mete por medio, aunque sea para bien, es el que al final sale cobrando... A mí me pasó el otro día cuando quise separar a dos chicos de 2º B. Por poco me atizan luego los dos...

—Ese es el riesgo. A veces hasta no es oportuno meterse en medio. Quizás fue tu caso. Quizás esos dos chicos estaban peleándose de igual a igual. Quizás lo mejor era que siguieran zurrándose hasta que llegase a separarlos algún profesor. Yo hablaba de cuando alguien abusa sobre otro, de cuando hay una manifiesta inferioridad de una persona respecto a otra, sea físicamente, o por edad, o por posición social...

—Mucha violencia es lo que hay, mucha —saltó sin respetar turno Margarita, la flor de la clase.

—¡Un diez! —respondió rápidamente don Faustino, señalándola con el dedo, evitando así que la chica se enrollase y se perdiera en un jardín.

—¿Un diez le va a poner por decir esa obviedad, profe? —respondió rauda Martita.

—Chica, no todos los dieces van a ser para ti —saltó como gacela en celo Natalia, la ingeniosa— Deja alguno para los demás, ¿no?

Don Faustino decidió aprovechar el guirigay que se montó a continuación por lo que se cruzó de brazos y dejó que aquellos zangolotinos dieran rienda suelta a lo que pensaban. Sólo se puso como condición cortar de raíz toda intervención ofensiva, pesada o que no viniera al caso. No tardó mucho porque pronto empezaron a

asomar las envidias y rencillas naturales que hay en todo colectivo obligado a convivir en un mismo espacio durante horas y horas, semanas y semanas.

—¿Cuánto tiempo me van a tener aquí encerrado?

Remigio estaba que mordía. El mal humor que le había dejado el emisario de López a primera hora de la mañana, incluido el sobre conteniendo algunos miles de euros, como si aquello fuese un pequeño finiquito, se había acrecentado con el paso de las horas pues él se notaba perfectamente bien de salud y, sin embargo, aún le tenían en aquella habitación del hospital. Eran las dos de la tarde cuando entraron dos personas con bata blanca.

—Tenga la comida, señor.

El manotazo a la bandeja la elevó hasta el techo. Mientras, atónitos, el médico y la auxiliar permanecían petrificados, Remigio saltó de la cama perfectamente vestido y se encaminó hacia la puerta. Dando un empujón al doctor, que intentó interponerse en su camino, la abrió y salió a todo correr.

—¡Hijo de Satanás! ¿Lo ha visto, doctor?

—Tranquilícese, mujer. No llegará muy lejos...

No pasó ni un minuto.

—¿Se puede, doctor Ramírez?

—Adelante, inspector...

Entonces asomó el careto por entre la puerta. Sonreía de oreja a oreja. Lentamente entró en la habitación llevando a Remigio esposado. La aventura del recién evadido había sido muy breve.

—El enfermo ya está de vuelta. Sólo quería tomar un poco de aire fresco pero le ha sentado fatal así que, para no oír sus quejas, le he tenido que tapar la boca.

—Ha sido horrible, comisario... —dijo la auxiliar, casi entre palpitaciones.

—No me suba de categoría, señorita, o señora, o viuda. En fin, que este caballero se cree que todo el monte es orégano y que la policía es tonta. ¡Siéntate ahí, capullo!

El inspector Cañequé pidió al médico que le informase sobre el estado actual de salud del fugitivo frustrado mientras daba golpecitos en la espalda a la dama que, toda sofocada, ardía de los pies a la cabeza.

—Vaya en busca de una limpiadora, Virtudes. Muchas gracias y siento lo que ha ocurrido. —dijo Ramírez, paternal.

—Lo mismo digo —añadió Cañequé.

—A este señor le vamos a dar el alta médica dentro de una hora, en cuanto se cumplimenten todos los trámites habituales del caso.

—O sea que... —y se sopló varias veces el bigote gris, dirigiendo la mirada hacia Remigio— el caballero ya está listo para pasar a dependencias policiales donde esperamos que nos cuente qué hacía ayer intentando empitonar a varios profesores del Fernando Orejuela. Seguro que lo hizo por amor a su hijo. Me encantan los buenos sentimientos. Desde que me enteré no he dejado de llorar por la emoción...

—Esta es una copia del alta, fechada para las tres de la tarde de hoy. Ya falta menos de una hora para que sea efectiva.

—No se preocupe. Pondremos en marcha el operativo consiguiente y el tipo abandonará este santo lugar a las tres en punto camino de la comisaría. Luego, tras prestar declaración, pasará a disposición judicial. Lo que pase de ahí en adelante no lo sabe nadie más que el juez, aunque lo habitual es que le deje salir por donde llegó. Ya sabe lo que se dice de la justicia: ciega, sorda y muda... Y muchos jugándonos el pescuezo por esa tonta. Es cojonudo...

El médico salió de la habitación tras estrechar la mano de Cañequé y dirigir un educado saludo a Remigio, quien mostraba un estado de ira contenida. Gracias al pañuelo que le tapaba la boca los enfermos de las habitaciones colindantes podían seguir durmiendo la siesta en paz.

—Eres un hijo de puta, Remigio. Lo primero que tendrías que hacer es besar los pies de quienes intentan domar a ese potrillo salvaje que tienes por hijo aunque yo creo que no es mal chico, sólo que lo tienes muy mal criado. Es probable que lo del

Instituto quede en una multa que pagará tu jefe, el señorito López, por la cuenta que le trae pero en Mospintoles unos cuantos conocemos tus andanzas, que ya vienen de largo así que o cambias de comportamiento –si tienes güevos, que no los tienes- o la próxima vez no te va a dar tiempo de llegar vivo al hospital o a la comisaría.

Remigio pataleaba y hacía todos los aspavientos que podía.

—Tienes muy mal carácter, capullo. Por el bien de tu hijo deberías estar siempre muy lejos de él. Si sigues dándole estas bellas lecciones de amor paterno no va a pasar de ser un simple recogepelotas del Rayo. Sin su madre, a la que tú maltrataste y llevaste al otro barrio a fuerza de berrinches y palizas, tu hijo está sentenciado como siga a tu vera. A este paso también te lo vas a cargar. –Cañeque se acercó aún más a Remigio y le miró muy fijamente a los ojos-. Por ahora dejaremos de vernos, capullito de alhelí. Te traspaso a otros que mandan más que yo aunque no me olvido de ti porque me tendrás vigilante, atento a que gentuza como tú haga el menor daño posible a gente inocente como esos profesores o tu propio hijo. Quizás la próxima vez me ahorre este pequeño discursito y vaya directo al grano purulento. No sé si me entiendes. Vendré a por ti dentro de media hora y empezará la operación traspaso. Buena suerte, cacho animal...

TERCERA ENTREGA: 2155 PALABRAS

La entrevista con el joven profesor de gimnasia le aclaró algunas cosas pero también le había dejado varias dudas. ¿Era tan necia la Administración educativa como para abandonar a la intemperie a un profesor agredido? ¿Le mentía Carlos al referirle que esa mañana altos dirigentes de la Inspección le habían amenazado sibilantemente con represalias si no se avenía a razones y retiraba la denuncia? ¿Al informarle de ello la estaba autorizando a que lo contara al público, pese al evidente riesgo laboral que eso podría acarrearle? ¿Era sincero cuando le manifestó que el ejercicio de la profesión de docente le había decepcionado?

Susana intentó ponerse en contacto con alguien importante de la Delegación pero nadie quiso dar la cara y hablar con ella. Ahora, estaba de vuelta en Mospintoles e intentaba localizar a López. Tenía una espinita clavada con el presidente del Rayo y protector suyo, creía. Tras la muy desagradable charla con Evaristo, una cruel pregunta le martilleaba el cerebro: ¿Estaba siendo utilizada por López? Y, de ser

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

cierto, ¿qué actitud debía tomar? No estaba dispuesta a hacerse la estrecha si con ello perdía la oportunidad de trabajar, de coger experiencia y de hacerse un hueco en el mundillo periodístico pero tampoco quería perder totalmente su independencia profesional y la dignidad personal. No se quedaría en la estacada por culpa de no saber tragar con lo que le echasen, pues siempre habría alguien dispuesto a sustituirla, pero tampoco era cosa de convertirse en una marioneta en manos ajenas con el riesgo evidente de que cualquier día la dejaran abandonada y rota en cualquier esquina. Llegó a la conclusión de que ser periodista era algo mucho más complicado de lo que había estudiado en la Facultad. ¡Y eso que casi siempre informaba sobre asuntos tan banales como los deportivos!

Entró en las oficinas del Rayo con la esperanza de que López estuviera allí. Las llamadas a su móvil no daban señal. Subió las escaleras convencida de que había tenido suerte. Uno de sus coches estaba aparcado en el recinto privado. Justo cuando abrió la puerta para entrar salía López junto a Basáñez.

—Me gustaría hablar con usted, presidente —dijo Susana con una sincera sonrisa.

—Eres una excelente perra de presa. No has parado hasta encontrarme...

A Susana se le heló la sonrisa. Miró a Basáñez y éste le levantó una ceja como queriendo decirle: López es así, desconcertante y enigmático. Yo también estoy acostumbrado...

—Lo siento —atinó a responder Susana—, discúlpeme si llego en mal momento.

—Nunca es mal momento, sólo que deberías entender que si no me pongo al teléfono es porque tengo cosas mucho más importantes que hacer o porque no hay nada importante que decir.

—Estoy investigando el caso de la agresión en el Instituto y... —López la interrumpió.

—No quieres que ocurra como con el caso Francis, en que nos dejaste con el culo al aire creyendo hacernos un favor, ¿es así?

Susana asintió con la cabeza. López le puso la mano en el hombro y dijo a Basáñez:

—No hagamos esperar a nuestros invitados. Dígales que en diez minutos me reúno con ellos.

El fiel escudero de López ya se lo esperaba, así que no dijo ni palabra. Saludó a sus acompañantes con un gesto que quiso ser de complicidad y bajó las escaleras blandiendo las llaves del Audi mientras pensaba para sus adentros: no me mientas, pillín, no creo que echar un polvo te lleve sólo diez minutos.

Una vez dentro del despacho de López, la situación se volvió más tensa de lo que Susana esperaba, a pesar de que los dos estaban solos.

—Escúchame, Susana. Confío en ti y sé que todo lo que publicas sobre el Rayo es veraz y sensato, pero eres impetuosa y te falta un poco de experiencia así que sólo te pido dos cosas: que me mantengas al margen de las informaciones salvo que yo te lo autorice expresamente y que todo lo que digas o escribas sobre nuestro club lo contrastes antes con alguien de confianza de la casa.

—Es eso lo que estoy intentando hacer desde ayer llamándote insistentemente por teléfono.

—Olvídate de mi móvil y del correo electrónico. Soy yo quien se pondrá siempre en contacto contigo.

Susana respondió a López que así lo haría y, notándolo más relajado, quiso plantearle lo que llevaba dando vueltas en su cabeza durante las últimas horas del lunes y las de hoy martes.

—Te agradezco enormemente la confianza que has depositado en mí y espero no defraudarte. Me gustaría saber tu opinión acerca de ese Remigio que ayer intentó agredir a los profesores. La gente dice que trabaja de guardia de seguridad en tu empresa de transportes. ¿Lo conoces?

—Sentémonos en el sofá, Susana.

No hacía falta ser una lince ibérica para darse cuenta que la aproximación física que pedía López a Susana no iba a ser simplemente para que le oyera mejor. Una vez juntos, López intentó sincerarse con la muchacha.

—Sí, Remigio trabaja para mí desde hace bastante tiempo. No es un tipo fácil de trato pero a mí nunca me ha dado un problema. Desde que murió su joven esposa no

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

anda bien del coco. Más que un juez que lo ponga en la sombra varios años, lo que necesita es un psiquiatra. Está muy volcado en su hijo y en su faceta de aficionado, pero se está pasando de la raya...

—Me comentan que ha creado una peña...

—Sí, "Aúpa Rayo". Sólo el nombrecito ya te da una idea de la altura intelectual del amigo. Yo creía que el fútbol le interesaba muy poco pero de un tiempo a esta parte le ha entrado un furor increíble. Va diciendo por ahí que siente los colores del Rayo más que yo y... eso no puede ser.

—Es un ultra y un violento...

—Bueno... no exageremos... sólo que cuando se le cruzan los cables puede hacer alguna tontería. Debe estar pasando por un mal momento. Esa peña la ha creado al margen del Rayo y acabará diluyéndose como el azúcar en el agua. Te lo aseguro, Susana.

López cogió entonces la mano de la periodista. La comida de negocios podía esperar unos minutos más porque lo que ahora le pedía el cuerpo era relajarse con aquella chica de piel morena, lozana y fresca. Susana ya se había dado cuenta de la jugada. Aprovecharía para intentar resolver sus dudas. Así que mientras iba cediendo centímetros de piel a aquel sabueso disparó una pequeña bengala.

—Me tienes echa un lío. ¡No te entiendo! Gracias a ti estoy en una situación profesional excelente, pero... ando desconcertada. No atender a mis llamadas desde ayer me ha planteado dudas. Dudas de saber si sigues apostando por mí. —López, mientras la escuchaba atentamente, pasó a la segunda fase. En aquella habitación hacía demasiado calor y a alguien le sobraba un poco de ropa. La joven seguía hablando, midiendo muy bien sus palabras, al tiempo que se dejaba hacer). Ayer... tuve la sensación de que Evaristo me daba órdenes tuyas mientras me rehuías a mí...

—Está bien... —López se dio cuenta que de seguir Susana por esos derroteros a él se le irían todas las ganas de comerse su piel morena—. He cometido un gran error... Le di órdenes de que te encomendase el caso del Instituto porque te veo mucho más capacitada que él y porque necesitamos subir la audiencia. A Evaristo no le sentó nada bien mi decisión, al fin y al cabo es el jefe de deportes de la emisora, y aunque no me lo demostró abiertamente me consta que tú estás pagando las consecuencias.

—Sí, se ha vuelto más insolente e insoportable que nunca. Lo estrangularía porque me siento acosada, denigrada...

—Quizás haya llegado el momento de apartarlo de la radio... aunque no será tan sencillo. Probablemente debamos esperar a que cometa un gran error. El mío fue decirle que te insinuara discretamente que no quiero que el caso de Remigio nos salpique a mí ni al Rayo. Ya sabes que muchos están dispuestos a aprovechar cualquier pequeña casualidad para hacer daño. Hay que adelantarse a ese posible intento y desactivar su estrategia. Evaristo se ha debido tomar mi insinuación tan al pie de la letra que merecería que lo estrangulases con esas manos de seda que tienes...

López ya había avanzado las suyas a una altura de no retorno, así que Susana se dio por convencida en sus dudas. Mientras se dejaba querer y pasaba también al ataque, por la mente de la joven periodista pasó un negro nubarrón. Se le ocurrió pensar en el difícil porvenir que tendría si justo en aquellos momentos daba un guantazo a López, se abrochaba el sostén y salía del despacho dando un sonoro portazo. Tal posibilidad la descartó inmediatamente.

—¡Hijo! ¿Cómo estás?

Remigio se abalanzó hacia Julio y lo abrazó efusivamente. El chaval se encontraba sentado en la cama del hospital, leyendo una revista deportiva. Cuando quiso darse cuenta de la escena ya tenía encima los robustos brazos de su padre dándole un gran apretón.

—¡Cuidado, papá, me haces daño!

—¿Estás bien? ¡Dime que estás bien!

—Sí, papá, estoy bien. ¿No te lo han dicho? Seguramente mañana me darán el alta...

Antes de irse del hospital camino de la Comisaría, Remigio había pedido al inspector que le dejase ver a su hijo. Cañeque le miró de arriba abajo con una expresión de sorna y aceptó la idea. Esperaba contrarrestar la filípica que le había largado instantes antes tras el intento de evasión. Le quitó las esposas, le dijo –amenazador– que no hiciese ninguna tontería y se quedó en el pasillo.

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Entonces no te van a quedar secuelas ni molestias...

—Ha *faltao* el canto de un duro. Todavía no sé porqué hice aquello...

—Ese hijoputa tendría que trabajar en el campo, plantando boniatos... Seguro que le dieron el título en una tómbola...

—No empieces, papá. Le he visto las orejas al lobo... Los médicos me han dicho que podía haberme *quedao* paralítico para toda la vida...

—Por culpa de ese cabrón...

—¡Basta ya! ¿No me estás escuchando? –Julio levantó tanto la voz que Cañequé asomó la cabeza por si ocurría algo grave–. Te estoy diciendo que estoy completamente *arrepentío* de lo que hice. Fue una tontería mía para hacerme el *chuli* ante los coleguis. Quise hacer la voltereta en el aire y resbalé y...

Julio se llevó las manos a la cara. Volvió a revivir aquellos momentos una vez más. Esos instantes que no le habían abandonado en las largas horas de hospital. Remigio no sabía qué decir. El mundo se le había caído al suelo. Empezaba a darse cuenta del grave error que había cometido intentando linchar a aquel joven profesor pero no dio su brazo a torcer.

—Por mucho que quieras autoinculparte, ese tipo...

—¡Vete, papá! ¡No quiero verte!

Remigio se quedó blanco como la leche, o la harina, o la luna. Jamás se le habría ocurrido pensar que su hijo le levantaba la voz y que le recriminaba algo.

—Te han comido el coco, ¿verdad?

—Sólo te estoy diciendo que me equivoqué, que soy yo, y únicamente yo, el culpable de lo que ha *sucedío*. –Los ojos de Julio se humedecieron–. Siempre he *sío* un mal estudiante pero nunca he *echao* la culpa a los profes. Sólo me queda el fútbol, padre. Es lo único que puede hacer que no sea un *fracasao*... y he *estao* a punto de estropearlo todo por querer presumir ante los colegas. Si cuando entreno y juego al fútbol soy muy *disciplinao* y obedezco siempre las órdenes que me dan, ¿por qué no soy así cuando no tengo una pelota en los pies?

—Te han comido el coco, Julio. Estas cosas tú no las decías antes de entrar aquí. Tu madre...

—¡Deja en paz a mi madre! –Julio se mordió los labios fuertemente hasta hacerse sangre. Daba la impresión de que tenía algo muy importante que decirle a su padre pero que el nerviosismo y el miedo se lo impedían. Hasta que lo vomitó-. Tú mataste a mi madre... Le pegabas... No la querías. –El chaval rompió a llorar– Ni me quieres... Estás loco... Lo que ibas a hacer en el instituto era de locos....No quiero volver a verte...

Remigio se quedó otra vez en blanco pero pronto recobró su color natural. Una ola de sangre le subió cuello arriba hasta llegar a la cabeza y hacerle sentirse impotente para controlarla. El ataque de ira le llevó a abalanzarse contra su hijo, quien viéndole venir empezó a gritar pidiendo ayuda. Esta vez Cañequé se asomó de cuerpo entero y viendo la escena entró raudo. Intentó agarrar a Remigio pero su fuerza era imparable. No lo dudó: le arreó un fuerte golpe en la nuca dejándolo para el arrastre. Aquel hombre no era un hombre, era un toro capaz de cornear a todo el que se le pusiese por delante. Incluido su propio hijo.

CUARTA ENTREGA: 2530 PALABRAS

—Don Faustino, ¿cómo me ve?

—Al final del túnel, hijo. Pronto estarás marcando goles por esos campos del diablo. Encima, cada vez te manejas mejor con las palabras, salvo cuando se te olvida y te dejas llevar. Pronto podrás ponerte ante un micrófono con la seguridad de que no vas a dar patadas al diccionario y a la dicción.

—¿A la qué...?

—Déjalo, Piquito. No pretenderás recuperar en un año lo que no pudiste aprender en toda la Primaria y la ESO, pero vas por muy buen camino. Cuando acabe el curso creo que podremos dar por finalizadas estas clases de refuerzo porque ya podrás volar solito y sin miedo.

Piquito no dejaba de mirar el reloj. Toda la clase se la había pasado ojeando de vez en cuando la hora. Por eso don Faustino sintió la curiosidad de preguntarle.

—¿Qué, Piquito, tienes una cita?

—No, digo sí... es que he *quedao* con varios amigos esta tarde. Desde que me lesioné es la primera vez en que los médicos me dejan salir.

En esos momentos profe y alumno escucharon cómo alguien abría la puerta de entrada. Sin duda era Inmaculada, la madre de Piquito, quien en unos segundos haría su aparición ante ambos. Don Faustino no esperaba aquello. Llevaba ya varios meses entrando en casa de Piquito y nunca había coincidido con su madre. Pareciera que le esquivaba. Esta vez, por alguna razón que a él se le ocultaba, iban a coincidir.

—¡Hombre, don Faustino, qué tal, cómo está usted...! —Inma estampó dos besos más bien fríos en las mejillas del viejo profesor mientras que éste aún creía que estaba viendo visiones—. Desde que Piquito dejó el Instituto no he vuelto a verle...

—Sí, y eso que llevo viniendo a esta casa desde hace varios meses... —Don Faustino dejó la observación clavada en todo lo alto, aunque quiso rectificar sobre la marcha—. Es natural, tenemos horarios tan diferentes...

—Bueno, yo me piro —dijo Piquito, haciendo como que miraba el móvil—. Los amigachos me dicen por SMS que me llevan esperando un buen rato en el portal. ¡Hasta luego!

—Espera, yo también me voy.

—De ninguna manera, don Faustino. Para una vez que coincidimos no me va a hacer ese feo. Quédese y tomamos un café.

—Es que... —el profesor enrojeció visiblemente.

—Por favor...

Inmaculada se lo dijo con un tono tan especial, mitad suplicante, mitad imperativo, que don Faustino sólo supo responder alzando los brazos y asintiendo con una media sonrisa. Piquito besó a su madre y se despidió del profesor. Inmaculada le rogó que se sentara mientras ella iba a poner la cafetera. Qué guapa está, la puñetera, se dijo para sí don Faustino, viéndola marchar. Y volvió a decirse: ay, qué tiempos aquellos, qué tiempos...

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Papi, estoy *preocupao*.

—No me digas, Sergio. ¿Ya te has dado cuenta que tenéis perdida la Liga?

—No es eso, papi. Si ya lo ha dicho Mourinho, si este año perdemos las tres competiciones ante el Barcelona no pasa nada. Es que ayer, viéndoos discutir a ti y a mamá, me entró mucho miedo...

—Bueno, las discusiones dentro del matrimonio son frecuentes. Es ley de vida...

—Era muy fuerte lo que os decíais...

—¡Me cago en diez! ¿Lo oíste todo?

—Casi todo...

—Pero si discutíamos bajito...

—¡Qué va, si parecía que estabais en el Bernabéu o en el Nou Camp!

—¡Me cago en doce!

Sebas estaba sentado en el sofá, despatarrado como casi siempre, pero las observaciones de su hijo Sergio, que había llegado al salón de manera casi inadvertida, le pusieron muy tenso. Le pidió que le trajese una cerveza del frigorífico, no porque en esos momentos le apeteciera beber sino por ganar unos segundos de tiempo para poner en cierto orden sus ideas. Ya le había extrañado al matrimonio la referencia al "*corazón partío*" con que Sergio había aparecido justo tras dar por finalizada su fuerte discusión de la tarde del lunes, pero no dieron apenas importancia al asunto. ¿Y a hora qué? Si Sergio había escuchado todo –pese a que habían tenido mucho cuidado en no elevar la voz- seguramente tenían un grave problema con el chico.

—Aquí tienes, papi...

—La verdad es que me apetece más una tila, hijo. Pero siéntate, machote. Conque estuviste escuchándonos poniendo la oreja en la puerta. Eso está muy feo, ¿eh?

—Bueno... estoy en una edad difícil... Eso dice don Faustino...

—¡La madre que lo parió!

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—La adolescencia y sus consecuencias. La verdad es que me están pasando algunas cosas raras, papá. Muy raras...

—Desembucha y no me tengas en ascuas que me voy a quemar.

—Empiezan a gustarme mucho las chicas y las mujeres...

—¡No me digas, Sergio! ¡Qué cosa más rara!

—Don Faustino dice que eso es muy normal a nuestra edad, que estamos en el definitivo despertar sexual...

—¡La madre que lo echó! ¿Pero esas cosas os cuenta el depravado...? ¡Y yo que pensaba que os daba lengua española!

—Él no tiene la culpa... Nosotros le preguntamos, a veces nos ha pillado distraídos con Shakira o con Piqué, con Irina o con Ronaldo, según los gustos de cada cual, y se ha puesto a echarnos el sermón y a decirnos que nos comprendía pero que ese no era el momento adecuado de ver a esos mendas. También nos ha dicho que le preguntemos a los padres, que ellos deben ser quienes nos hablen sobre lo que nos está pasando y que la educación sexual también es un asunto de la familia, no sólo del Instituto.

—¡Míralo qué bien! Echándole el muerto a los demás...

—¿Qué pinta aquí un muerto, papi?

—¡Ves, aquí está la prueba! Menos explicacioncitas sobre sexo y más trabajar con el diccionario...

—Pues verás, tengo unas cuantas preguntas para vosotros. Quiero que me contéis porque siento ahora cosas que antes no sentía o no tenía ni idea. Ah, y me gustaría saber dónde puedo comprar preservativos con garantía. Algunos compis ya lo han hecho.

—¡Jooodeeeeer! —El Sebas no sabía cómo ponerse en el sofá. Se tocó la frente y notó que empezaba a sudar la gota gorda.— Eso también es idea del viejo, ¿no?

—Sí, dice que lo que recomiendan los psicólogos y educadores es que los asuntos del sexo los conozcamos de primera mano hablándolo con los padres, porque el sexo es

algo natural que todos llevamos dentro y no puede ser que aprendamos las cosas por otras fuentes de información menos responsables.

—Niño, ¿desde cuándo hablas de esta manera tan, tan, tan ...bien?

—Es que el tema nos interesa mucho a todos los de la clase. Y el profe lo explica estupendamente y con tanta gracia...

—Pues no sé qué tiene de gracioso el asunto... ¡Jooodeeer! Ahora me vas a decir que te explique cómo vienen los niños al mundo...

—Lo sé todo papi, no me tomes el pelo. También lo saben todos mis compis, pero la cosa es mucho más profunda, más seria de lo que nos contamos unos a otros, de lo que vemos por la tele, las revistas y el internet. Por cierto, ¿los condones que venden por internet son fiables? Don Faustino dice...

—¡No me cites más a don Faustino, leche! Parece un viejo verde...

—¿Qué es un viejo verde?

—Déjalo, nene –Sebas estaba tan incómodo con aquella conversación que prefirió derivarla hacia la discusión que había mantenido con su esposa y que, al parecer, el “nene” se había tragado sin pestañear-. Cuando venga mamá le comentas lo que me has dicho y si ella no te cuenta nada, que estoy seguro que no te va a contar nada, te prometo que en el verano, con las vacaciones, hablaremos largo y tendido sobre el asunto. Respecto a la discusión de ayer entre mamá y yo, quiero que sepas que la quiero mucho, y ella a mí.

—Sí, ya lo oí anoche...

—¿Qué dices? –preguntó algo mosca el Sebas.

—Pues nada, que no podía dormirme dándole vueltas a vuestra discusión, me levanté a beber agua y oí unos jadeos que no veas...

—¡Me cago en la madre que te parió! Pero, Sergio, esas cosas son privadas...

—Pues escucharos me dejó más tranquilo... Algunos amigos míos ya han *echa* su primer polvo, papi.

—Ejem... sí... ya hablaremos de estas cosas cuando llegue el verano y las vacaciones.

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

—Sebastián Matute estaba rojo como un tomate mientras su hijo se tomaba aquella conversación más fresco que una lechuga—. Te decía que tu madre y yo te queremos un montonazo de montones pero estamos pasando un pequeño bache, Sergio. A mamá su trabajo le ocupa muchas horas al día y eso le causa demasiado estrés. Yo preferiría que estuviera más tiempo con nosotros pero por ahora no puede ser. Encima está obsesionada con mi afición al fútbol.

—Pero eso es ridículo... Hay millones de hinchas del Barça repartidos por todo el mundo. Y del Madrid... Ahí no tiene razón mamá. ¡Es algo natural, como el sexo!

—¡Exacto! —Sebastián empezaba a darse cuenta que su hijo había crecido por dentro, además de por fuera, y él no se había enterado hasta este mismo momento—. Tienes razón, Sergio. Pero mamá está tan obsesionada con la política y su trabajo que esto no llega a comprenderlo.

—¿Y Susana? ¿Qué pasa con Susana?

Fue un golpe bajo. Aquello sí que era un golpe en todos los testículos. Esta vez no podía aplazar la cuestión al verano y las vacaciones. Sacó un pañuelo del pantalón para secarse el sudor, bebió dos tragos de cerveza y, decidido, dijo:

—Te voy a contar lo de Susana antes de que alguien te diga mentiras o suposiciones... —Sebas acababa de descubrir esa tarde que su hijo Sergio había dejado ya de ser un niño.

Llevaban más de una hora y media hablando, sentados uno cerca de la otra. El tiempo había transcurrido casi sin darse cuenta justo hasta el momento en que una llamada de móvil interrumpió aquel diálogo tan placentero. Era Piquito. Don Faustino, por las breves respuestas de Inmaculada, dedujo que todavía tardaría al menos otro tanto en regresar, lo cual le agradó. Hacía mucho tiempo que no se encontraba tan a gusto charlando con alguien. Quizás porque aquella mujer le traía los únicos recuerdos gratos de cuando estuvo viviendo en Alcorcada, hacía 18 años más o menos. Por aquel entonces ella trabajaba en las oficinas de una inmobiliaria de reciente creación. Recordaba perfectamente que cuando entró se quedó fascinado al verla. Él rozaba los cuarenta, estaba soltero pero con la determinación de sentar por fin la cabeza. Había decidido comprar un piso y los que ofrecía la propaganda de

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

la Inmobiliaria “Tu Casa” tenían muy buena pinta y estaban en inmejorable lugar dentro de la ciudad. Aquella chica le recibió con una amplia sonrisa, aunque el primer lugar de su anatomía al que don Faustino dirigió la mirada no fue a su cara sino a sus pechos, avanzadilla grandiosa de una mujer veinteañera que le miraba consciente de su atractivo. Señor, tenga cuidado con la baldosa que sobresale en el suelo. Más de uno se ha ido al suelo –le dijo en plan chuleta.

—Sé lo que estás pensando, Faustino.

—No me digas.

—Sí, lo veo en tus ojos: cuando entraste en la oficina por primera vez y casi te rompes la crisma por fijar tus ojos en mis tetas. No eras el primero...

Don Faustino se rió con una carcajada tan rotunda que sintió cómo su cuerpo recobraba viejas energías ya desaparecidas por culpa de la edad. Y eso que con el poli Cañeque, esa misma mañana, también se había reído de lo lindo. Estaba fantásticamente bien, qué demonios, al lado de Inma. Había recobrado aquella vieja química que mantuvo un par de meses con ella, allá en Alcorcada, y que parecía haber desaparecido cuando luego, ya viviendo ambos en Mospintoles, había vuelto a verla en varias ocasiones. Claro que no era lo mismo hacerlo en presencia de otras personas o en un pequeño despacho del Instituto charlando sobre la educación de su hijo a hacerlo a solas, en casa de ella, con unas cuantas copas de vino encima y en unos días en que necesitaba olvidar lo que podía haber sido una tragedia por culpa de un tal Remigio.

—No lo tomes como un cumplido porque es verdad: sigues estando fantástica. Yo, en cambio, ya ves, ando peor que un plátano pocho. Tengo una pierna para el arrastre, algunos me dicen viejo y la cama sólo la uso para dormir. A mi regreso de Alcorcada no me fueron mal las cosas pero tampoco muy bien. Me casé y enviudé relativamente pronto. No he tenido suerte con las mujeres de mi vida.

—Pues anda que yo con los hombres... Todos vais a lo mismo. Claro que eso lo digo ahora en que el cuerpo empieza a mostrar los primeros síntomas de envejecimiento. Entonces, cuando nos conocimos, yo vivía la vida muy intensamente. Quizás demasiado pero era joven, guapa y había salido del pueblo y de una familia cuyo aire y estrechez me asfixiaban. Quizás algunos se aprovecharon de mis locas ganas de vivir, de disfrutar de mi cuerpo y del de ellos, de ser feliz por primera vez en mi

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

vida. No me disgusta hablar del pasado contigo porque, además de compartirlo un breve tiempo, ha marcado demasiado mi futuro y aunque las cosas no me han ido tan bien como por aquel entonces soñaba, no me puedo quejar. Sigo siendo libre, quiero vivir el día a día sin preocuparme de lo que venga y mantengo la esperanza de que mi hijo consiga todas las ilusiones que yo tenía cuando un buen día salí de casa de mis padres tras dar un portazo. Yo no logré alcanzarlas sino muy parcialmente. Quizás mi máximo error de entonces, tener este hijo sin esperarlo ni desearlo, se haya convertido en el mayor acierto de ahora.

—Has madurado mucho, Inma.

—Mi trabajito me ha costado. Y sola.

—Me alegro un montón de estar hablando contigo y de hacerlo de la manera que lo estamos haciendo —dijo en voz alta el viejo profesor, ahora muy rejuvenecido...

—Pues temía este momento, Fausti... ¿Recuerdas? Así te llamaba por entonces. Es que, hijo, tienes un nombre más feo... —Le miró a los ojos, sin pestañear, e hizo una pausa de esas que paran el mundo y la respiración de quien las padece—. Lo temía porque las pocas veces que hemos coincidido en estos años de Mospintoles parecía que se nos habían olvidado los recuerdos y teníamos mal rollo...

—No es verdad, Inma, pero han pasado tantas cosas desde aquel día en que nos conocimos... Nuestra breve pero intensa relación, la estafa en que perdí mis ahorros y el lógico cabreo. Mis dudas de si tú estabas implicada y la forma tan imprevista y rara en que aquello acabó.

—No podía ser de otra manera, Faustino, no podía... Con todo el lío que se montó con la estafa, de la que yo fui una víctima más porque los jefes se largaron de allí debiéndome varios meses de sueldo, sólo me faltó quedarme embarazada. Y eso es lo que ocurrió... Lo más grave... es que no estaba segura... de quién era el padre.